

UN "PEQUEÑO INCIDENTE"

El sufragio universal está bien, a condición de que gane el que debe ganar. Pero dos días después, bajo la presión muy fuerte de Estados Unidos, devolvieron las urnas, prosiguió el recuento y todo volvió al orden. Se trataba de un pequeño incidente sin importancia. El propio candidato de la oposición, que parece ya ganador de estas elecciones, anuncia que cuando gobierne no tendrá en cuenta esa irregularidad, a la que quiere quitar toda importancia. Y es que, simplemente, alguien se olvidó de representar el papel que le estaba asignado, o se dejó llevar por sus nervios. El apuntador —Carter, Cyrus Vance— le recordó sus palabras, y todo ha terminado. Por ahora.

La cuestión es que Santo Domingo tenía, y tiene aún, un Presidente colocado por los Estados Unidos, Joaquín Balaguer, que ha dejado de interesar a los Estados Unidos. En 1930 Rafael Trujillo se apoderó de la Presidencia de la República Dominicana; ejerció una dictadura pintoresca y sangrienta, consideró el país como propiedad personal —la capital se llamó Ciudad Trujillo—, pero fue súbdito fiel de los Estados Unidos. Fue asesinado en 1961: siguieron tiempos de incertidumbre y en 1962 se celebraron las primeras elecciones generales libres desde 1924: tan libres que dieron el triunfo a quien no estaba presentado, ni por los militares ni por los Estados Unidos, el izquierdista moderado Juan Bosch, que fue inmediatamente considerado como comunista. Lo cual, a todas luces, no era: simplemente se trataba de un intelectual de buena fe y preocupaciones sociales. Duró meses: un golpe militar le derribó en septiembre de 1963. El 25 de abril de 1965 hubo una revuelta popular contra esa Junta, y por el regreso de Bosch a la presidencia: intentaron contenerla las fuerzas locales y, cuando se vio que no podían con ella, los Estados Unidos enviaron una fuerza de "marines" y unos cuantos barcos: la revolución fue dominada. Los Estados Unidos retiraron en cuanto pudieron sus soldados, dejando la situación al cargo de un cuerpo expedicionario formado por unidades de los países derechistas del continente. La situación se estabilizó en 1966 con la supuesta elección de Joaquín Balaguer para la Presidencia. Desde entonces se han celebrado dos elecciones más, en 1970

El martes de la semana pasada se estaba procediendo en la República de Santo Domingo al recuento de votos de las elecciones presidenciales. Las urnas iban favoreciendo al candidato de la oposición, Guzmán. En un momento determinado, la diferencia de votos sobre el Presidente en ejercicio, Joaquín Balaguer, eran ya de cien mil votos. El Ejército y la Policía no pudieron más: invadieron los colegios electorales y se llevaron las urnas a los cuarteles. Se habían acabado las elecciones.

y en 1974, cumpliendo el rito de renovación cada cuatro años, pero impidiendo que los partidos de la oposición pudieran ganar. Las irregularidades electorales han sido denunciadas muchas veces.

Pero la "era Carter" busca otras soluciones para el continente. Reanuda en cierta forma con la tradición de Kennedy. Fue Kennedy quien favoreció la elección de Bosch y fue la "rectificación" posterior de Johnson —rectificación favorecida por el asesinato de Kennedy— la que derribó al propio Bosch. El Presidente demócrata Carter busca también una democratización de los regímenes duros de los Estados americanos. En ese sentido ha favorecido las elecciones, y sus resultados correspondientes, en Bolivia, en Ecuador, en Perú. Se trata de que haya "democracias controladas". Desde ese punto de vista apunta contra Pinochet, y quizá contra Videla cuando considere que haya posibilidades. En Santo Domingo, la operación resultaba más fácil. Se trataba de

que Balaguer, que tiene ya setenta años, se resignase a abandonar un poder que ejerce desde hace doce años. Y se trataba también de que la oposición presentase un candidato aceptable por Washington. La oposición es el Partido Revolucionario Dominicano. La palabra "revolucionario" no tiene ningún sentido: es un adorno. Es solamente un partido democrata, liberal, impregnado hasta cierto punto de las doctrinas de Bosch, que fue su prohombre. De este partido salió el candidato Antonio Guzmán: un hombre considerado como de centro-izquierda, sensato y realista, esto es, incapaz de salirse de la línea de los Estados Unidos en la que está el país desde principios de siglo. Le apoyaban otros partidos de la izquierda: la Unión Patriótica Antiimperialista, el Partido Comunista. Todos están más o menos de acuerdo, en su propio "pacto de la Moncloa", de establecer un consenso democrático.

Para que ganase Antonio Guzmán bastaría con que las

elecciones fueran libres. Y sinceras. El poder pareció resignarse. La propaganda, la votación, se vigilaron desde el envío de una delegación de países de la OEA hasta la atenta y prudente vigilancia de la Embajada de los Estados Unidos. Pero, sin duda, Balaguer y sus apoyos militares y policíacos —destaquemos que no todo el Ejército, a pesar de las depuraciones, es balaguerista— pensaron que las elecciones libres podían darles una victoria. Los dictadores y sus amigos piensan siempre que tienen una mayor adhesión popular de la que realmente tienen sus mecanismos de censura, de poder y de coacción terminan por engañarles a ellos mismos. Este fue el caso. La operación hubiera sido perfecta: se hubiese cumplido con la disposición de Estados Unidos de celebrar elecciones libres, y esas elecciones libres les hubieran dado la victoria; nada que objetar, señán ya legalmente demócratas. Pinochet sueña con eso.

Pero la realidad es distinta. Y así ocurrió que poco después de comenzado el escrutinio de los votos, se vio que Balaguer y el Partido Reformista desaparecían. Fue entonces cuando alguien se pudo perder los nervios. Ahora, Balaguer considera que su propio partido comete irregularidades; pero también las cometieron —dice— los otros. Y el propio comité de coordinación electoral. ¿Qué podía hacer el Ejército ante tantas irregularidades? Llevarse las urnas a los cuarteles. Pero esto ha producido, dice Balaguer, "interferencias extranjerías en los asuntos interiores de la República". El mismo respondió a una de esas "injerencias" con un telegrama que dirigió a Cyrus Vance, explicándole que las Fuerzas Armadas habían intervenido porque había "monstruosos errores" en la cuenta, y porque temían que iba a haber un "golpe de Estado". Pero Cyrus Vance fue implacable. Sus informes eran que cuando iban contados poco más de dos millones de votos, Guzmán totalizaba más de cien mil votos más que su oponente, y que eso había que respetarlo. Se habló de la ayuda que Santo Domingo recibe de Estados Unidos, y de la posibilidad de que se interrumpiera inmediatamente. Se habló de lo que se había pactado. Quizá hubo también algunas conversaciones con jefes militares.

Durante dos días hubo una

